

Herbert Frey, *La arqueología negada del nuevo mundo: Europa, América y el surgimiento de la modernidad*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995.

LOS TEMAS DEL FEUDALISMO y de la Edad Media son extrañamente escasos en la historiografía mexicana. Y éste es, precisamente, uno de los rasgos más meritorios de la presente obra: seguir la pista de los grandes temas del medievo en su camino hasta la Nueva España. Su provocadora hipótesis central, según la cual América también tuvo Edad Media, confrontada con la constatación adicional de que la misma, por diversas razones históricas e historiográficas, ha quedado como clave olvidada en la interpretación de esta parte del mundo, difícilmente deja a un lector indiferente. Porque, sin duda, llegan hasta aquí y son factores importantes en la configuración del sistema colonial, el *ethos* y la cosmovisión medievales que confluyen en la España de los Reyes Católicos en 1492.

Al reconocimiento de la triple raíz racial y cultural de la sociedad mexicana parece, entonces, que debería seguir la aceptación del triple proceso histórico, del que viene la Nueva España. El peso específico de esta obra que comentamos se deriva, ante todo, de su carácter de "clave interpretativa" para la comprensión de lo que ocurre en estas tierras a partir de la conquista y del establecimiento del sistema colonial. Por razones obvias y bien conocidas que tienen que ver con la necesidad de definir una identidad nacional que marcara diferencias y rupturas con la metrópoli, los historiadores criollos de los siglos XVIII y XIX volvieron sus ojos hacia las tradiciones indígenas del México milenario. Era imprescindible establecer que la historia de México no había comenzado con la conquista y que su cultura hundía sus raíces en horizontes propios y tan antiguos como la conquista de Iberia por parte de los romanos.

En la obra de Herbert Frey se dice algo más en relación con la recuperación de las raíces históricas de México: México también tuvo Edad Media y, por consiguiente, también el pasado europeo de esta parte del mundo hay que encontrarlo mucho más allá de la conquista. España no llegó sólo con sus arcabuces y sus arados sino con su tiempo y su tradición. Además de los elementos seleccionados por parte de la "cultura de conquista", como lo ha puesto de manifiesto G. Foster en una obra ya clásica entre nosotros, el campo de interacción cultural de aquella confrontación fue mucho más amplio y mucho más profundo que lo que los elementos más aparentes de la cultura permiten apreciar. En otras palabras, el equipaje menos pesado aunque históricamente más decisivo con que llegaron los españoles fue todo el imaginario colectivo medieval en proceso de apertura irreversible a la modernidad.

Ésa es la "arqueología negada". Y ése es el vacío historiográfico sobre el que llama la atención el trabajo que comentamos. Su pertinencia debe verse, a nuestro juicio, en esa dirección. Entre sus opciones posibles, Frey ha preferido seguir el rastro de la modernidad más desde las líneas de continuidad que desde los cortes y las rupturas. Así, expansión europea, individualismo y modernidad son

realidades que brotan en la baja Edad Media, florecen en el humanismo renacentista y se abren a un camino secular de maduración posterior. Dentro de este proceso que envuelve a toda Europa por diez siglos, la peculiar forma como España lo ha vivido, desde la formación del feudalismo hasta la culminación de la reconquista, llega a Tenochtitlan con Hernán Cortés. Este humanista, mitad condotiero y mitad místico que, sin haber leído a Maquiavelo parece encarnar con bastante precisión el paradigma político de su príncipe, es el capítulo final del medievo español que, en sus postrimerías, alcanza a desembarcar en Mesoamérica para transformarse.

En ese punto culmina la obra; no el tema. Éste sigue incubado. Pero la intención del autor —nunca explícita, y no por eso menos clara— es sin lugar a dudas llegar a la Nueva España por el camino de la evolución de la sociedad medieval hacia la modernidad. Quizás pueda parecer, al inicio de la lectura, un punto de partida demasiado lejano; pero, al final, la opción inicial no sólo queda justificada sino que se antoja imprescindible.

Así las cosas, el problema de una “arqueología negada” o de la evasión de un pasado medieval de América Latina, no sólo tiene que ver con preferencias circunstanciales de la historiografía sino con las claves de interpretación de la configuración sociocultural resultantes de la confrontación producida por la conquista. La llegada de Europa no sólo significó la incorporación de América al sistema-mundo de la terminología de Wallerstein en lo económico, sino también en lo ideológico. Porque el tránsito del siglo XV al XVI no sólo convierte el mundo en una gran factoría sino en una representación.

Esa importante transformación llega a florecer en la modernidad por el camino de procesos sociohistóricos que vienen de lejos. Quizás el aspecto más desafiante de la obra sea precisamente el seguimiento que hace el autor del surgimiento de la individualización como núcleo de la cristalización del nuevo *ethos* de la modernidad. De esta forma se pone de relieve el

hecho de que el inicio de la llamada era moderna y el surgimiento de la modernidad de ninguna manera fueron coincidentes. Más bien es el siglo XII, con sus innovaciones intelectuales, el que devela las estructuras básicas de la modernidad, anticipando con ello desarrollos que serán guía de los siglos por venir (p. 14).

Pedro Abelardo resulta, de este modo, el pionero de nuevos horizontes culturales, al transitar su teología de una ética de la objetividad implacable de la ley a otra en la que la moralidad de los actos se determinará también y principalmente desde la subjetividad de la conciencia. En esta misma perspectiva, la agria polémica teórica entre Pedro Abelardo (universitario urbano) y Bernardo de Claraval (representante de la Europa de los monjes) es el gran torneo en el que el germen de la modernidad empieza a arrinconar al feudalismo. Así, el proceso de surgimiento de la individualidad aparece, desde diferentes ángulos, como catalizador de un nuevo *ethos* y una nueva cosmovisión en Occidente: los de la modernidad. Ésta es la razón por la que el camino hacia la modernidad se entiende como

la transmisión de una identidad colectiva en que las tradiciones determinan las acciones de los miembros del grupo, a una identidad del yo en la que el individuo puede discutir de manera crítica las normas sociales del entorno (p. 15).

Sin duda el tipo de interacción que permite el resurgimiento del ámbito urbano hace de la ciudad el espacio indispensable y, quizás condicionante, para esta nueva valoración del individuo. Quizás no sea tanto (aunque así lo señala Frey) “el desplazamiento de las actividades sociales del campo a la ciudad” (p. 15) el factor determinante en el inicio y en el desarrollo de este proceso. Lo realmente importante no parece haber sido —a nuestro juicio— el desplazamiento espacial y ni siquiera el surgimiento mismo de ese nuevo espacio social que es la ciudad medieval, sino la transformación económica y sociocultural (no sólo concomitante sino causal). En realidad lo que surge es una nueva hegemonía en el proceso de producción de la cultura concentrada en la ciudad, entendida como encrucijada de relaciones cualitativamente diferentes y escenario de nuevos actores: el comercio y la industria desplazan a la agricultura; la autoridad del obispo va relegando a la figura del abad; la universidad como espacio comunal de democratización del saber, aísla todavía más a las bibliotecas de los monasterios; de la verticalidad feudal se transita a la horizontalidad de las comunas; de la servidumbre personal a la interacción social de las instituciones; de la autarquía a la agresividad comercial, etcétera.

Es cierto que en todas esas líneas en que se esboza el proceso pueden seguirse las marcas que va dejando el ascenso de la individualización. No es casual que la verticalidad servil de las relaciones de un monje con su abad se vea remplazada por la horizontalidad de los “frailes” (*frater*: hermano) de las órdenes mendicantes. Estas nuevas órdenes del ámbito urbano pertenecen ya a la nueva visión del mundo que se está iniciando; de hecho ellas comienzan la práctica de la “elección” de sus superiores mediante el voto *personal*. Del mismo modo, la universidad implicó la posibilidad *individual* (no estamental) de acceso a la cultura. Sin lugar a dudas, la nueva hegemonía en la producción de la cultura se desdobra, a su vez, en varias facetas: en hegemonía progresiva de lo cosmopolita sobre lo aldeano, de lo “mundial” sobre lo provincial; y en estas tendencias se manifiesta el otro frente en el que el feudalismo es desbordado. Éste es un punto que Frey no hace explícito, aunque en buena medida no es extraño a sus tesis fundamentales: no es sólo el proceso de individualización lo que inicia la transformación del medioevo en modernidad; el feudo es asaltado, desde arriba, por las fuerzas centrípetas del Estado centralista y, desde abajo, por la fuerza centrífuga de la individualización. Si Abelardo representa un hito en el primer frente, Maquiavelo y su teoría del Estado constituyen la sistematización de los principios políticos por los que el feudo será desplazado.

En este proceso hacia la modernidad y hacia la Nueva España, junto con las nuevas relaciones de producción material y simbólicas propiciadas por las condiciones urbanas, confluyen también la teología y la filosofía. Es probable que la “nueva producción para el comercio”, como la llama Frey, y “el espíritu de empresa” que en ella alienta hayan contribuido al surgimiento de las condiciones

necesarias para la modernidad no menos que la teología de Abelardo y la filosofía nominalista de Guillermo de Ockam, pero no puede perderse de vista ese carácter de confluencia de factores que tiene el proceso. Tanto el desarrollo de la dimensión subjetiva en cuanto categoría de juicio de la moralidad de los actos humanos, como la reducción a "puros nombres" de la pretensión ontológica de los universales (pp. 180 ss.), son muestras claras de cómo ni la teología ni la filosofía quedaron al margen de la nueva hegemonía epistemológica de lo concreto sobre lo abstracto, de lo inductivo sobre lo deductivo y del individuo como nuevo sujeto de derechos en una sociedad no estamental. En realidad bien podríamos decir, si se nos permite la expresión, que nos encontramos ante una aceleración sin precedentes del *continuum* que va de la solidaridad mecánica a la orgánica (Durkheim), de lo comunitario a lo societario (Tönnies) y de lo *folk* a lo urbano (Redfield), que puede resumirse como un paso progresivo de una sociedad constituida por comunidades y estamentos a otra integrada por individuos.

Como dice el autor:

Si bien la filosofía nominalista fue expresión de la conciencia de crisis de la Edad Media tardía, sin constituir, conscientemente, un modelo de emancipación, en ella se refleja, no obstante, de manera permanente la liberación del hombre como individuo que se convierte en el sustrato de la historia futura (p. 191).

Y es precisamente esta nueva interacción entre el pasado medieval y el desarrollo americano posterior lo que, a nuestro juicio, convierte a esta obra en una invitación al diálogo sobre posibles replanteamientos fecundados. Por lo pronto, es claro que la frontera espacial y temporal de las fuentes para la historia se mueve y, más precisamente, se amplía. De esta forma, Herbert Frey contribuye con su aporte a ensanchar el espacio de la historiografía americana, no sólo por introducir el horizonte medieval en la discusión interpretativa de la realidad americana sino por hacerlo desde la conjunción de la historia y de la filosofía en una clara perspectiva de la historia de las ideas.

Creo que con esta obra, Frey no sólo pone en el mercado un libro novedoso y rico en originales perspectivas y en planteamientos provocativos, sino que lanza sobre la mesa de los estudiosos un tema de discusión inevitable. No dudo en absoluto que, en los meses que vienen, en los medios interesados, estas tesis serán discutidas. Y no será éste el menor de sus aportes.

José Luis González